MERIDIONAL Revista Chilena de Estudios Latinoamericanos
ISSN (en línea): 0719-4862 | Número 13, octubre 2019-marzo 2020, 197-217 |
DOI: 10.5354/0719-4862.54423

Entrevista con Roger Chartier
Límites, prácticas y tensiones en una historiografía en construcción

Interview with Roger Chartier
Limits, Practices and Tensions in a Historiography Under Construction

Seminario Interinstitucional Usos de los Impresos en América Latina
Kenya Bello (Colegio de Estudios Latinoamericanos/Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México); Aimer Granados (Universidad Autónoma Metropolitana/Unidad Cuajimalpa); Regina Tapia (Archivo General Agrario/El Colegio Mexiquense) y Sebastián Rivera Mir (El Colegio Mexiquense).

Desde hace algunos años las investigaciones, los grupos de estudio, las publicaciones, los coloquios, sobre la historia del libro, de la edición y la lectura vienen aumentando sistemáticamente a lo largo del continente. En este esfuerzo se han incorporado nuevas temáticas, se han diversificado las metodologías de trabajo, se ha problematizado la relación con los espacios transnacionales de la edición, se han recuperado sujetos olvidados, se ha reconfigurado la función de los libros en la construcción de las naciones latinoamericanas, así como su importancia en el ámbito educativo, entre otras tantas líneas de análisis. En este auge que atraviesan los estudios sobre estas temáticas, uno de los autores que aparece constantemente como referencia es el historiador francés Roger Chartier. Sus trabajos

pioneros, que han incluido una preocupación especial por América Latina, han permitido ampliar nuestra mirada hacia los actores, las formas de apropiación, las representaciones, que encontramos en los textos. De ese modo, las sociabilidades, la esfera pública política, las dinámicas laborales, las prácticas educativas y otros elementos, que para la mayoría de los historiadores parecían lejanos a los libros, hoy se encuentran en el centro de las reflexiones historiográficas. El Seminario Interinstitucional Usos de lo Impreso en América Latina (SUIAL) aprovechó su presencia en la Feria Universitaria del Libro de la UNAM (FILuni), de 2018, para conversar con él sobre sus conceptos y sus perspectivas relativas a la historiografía latinoamericana.

Seminario Usos de lo Impreso en América Latina (en adelante SUIAL): Antes y después de publicar el artículo "El mundo como representación" (1989), trabajó en dos proyectos –que no se han traducido al español– donde utilizó el término "usos" (de lo impreso en 1987 y de la correspondencia en 1991). ¿Por qué recurrió a él? ¿De qué manera es alternativo o complementario a sus planteamientos sobre las prácticas y las representaciones? ¿Cuál fue el contexto en el que se realizaron ambas investigaciones?

Roger Chartier (en adelante RC): El término "usos" se utilizó porque permitía en ese momento –hablamos del siglo pasado– sacar la lectura del texto, pues entonces la literatura estaba dominada por los enfoques formalistas; la lectura estaba dentro de la máquina lingüística del texto y no existía un espacio para la apropiación, para el lector, tampoco para la intención del autor. Recordemos, por ejemplo, el famoso ensayo de Roland Barthes "La muerte del autor" (2009). Pero la muerte del autor no era necesariamente el nacimiento del lector como un individuo social y culturalmente construido, era para Barthes un lugar en el cual todos los elementos del texto se encontraban entrecruzados, unidos. Entonces, para ir más allá de esto, surgió la idea de construir una autonomía, o por lo menos exterioridad, de los lectores. De ahí la perspectiva de que los lectores hacían "usos" de aquello que se les proponía o imponía. En primera instancia, "uso" permitía romper con todas las categorías intratextuales; de la semiótica, el estructuralismo, la *nouvelle critique*, etcétera.

Había una segunda razón: la lectura no es la única relación con el texto escrito. Hay una variedad de relaciones más allá de la lectura. En

las sociedades de la modernidad temprana, se dio el uso mágico de los textos, podía tratarse tanto de la Biblia como del libro de magia. A la Biblia se le pensaba como una fuerza de protección, inclusive en los países luteranos se la ponían cerca del cuerpo, en caso de enfermedad, en caso de parto. Era un uso del texto escrito, el más fundamental, en su dimensión de materialidad, independientemente de cualquier lectura. De esta manera, todos los usos mágicos de los libros podían ser abarcados por la noción de usos. En consecuencia, "uso" se oponía a la mecánica lingüística, a la idea de reducir la relación con la textualidad solamente a la lectura. En el libro *Les usages de l'imprimé* hay ensayos, si recuerdo bien, que se dedican, en parte o en su totalidad, a estos usos de protección de los textos. Así, la noción de usos podía relacionarse con la de práctica y posteriormente con la noción de apropiación. Era una manera de construir una dinámica, una dialéctica, entre el estudio de los textos, y con el correr de los años de los textos en su materialidad, y por otro lado las categorías, los hábitos, los deseos de los lectores o usuarios de los textos, incluso cuando no los leían. Fue la justificación de "uso" en ese momento, con sus dos objetivos: primero, sacar al lector y la lectura del texto mismo; segundo, evitar un etnocentrismo de la lectura, como si fuera la única relación posible o experimentada con lo escrito.

SUIAL: ¿Pudiera profundizar un poco más en esta relación que guarda el término "usos" con las nociones de prácticas y representaciones que planteó después en el artículo "El mundo como representación"? ¿Son alternativos, se complementan?

RC: Las nociones que destacan –prácticas y representaciones– permiten tal vez una construcción teórica un poco más fuerte. El concepto de representaciones no se vincula directamente con uso, aunque de una cierta manera sí, si se piensa que las representaciones no son solamente esquemas mentales incorporados, son esquemas de clasificación o jerarquización, de evaluación, son matrices de prácticas y la gente las utiliza, conscientemente o no, para dar una representación de lo que piensan como su propia identidad, de imponer a los otros esta presentación de sí mismos a través de una serie de gestos, de conductas, maneras de hablar, de vestir, etcétera. Si se piensa la representación, en el sentido de Durkheim o de Mauss, como una serie de esquemas incorporados, debe pensarse también la representación como exhibición, en un cierto sentido como *performance*,

en el sentido de la sociología de Goffman, donde cada relación social es un pequeño teatro, en la cual el individuo actúa de sí mismo y, a través de conductas conscientes, o de prácticas inconscientes, proyecta la idea que quiere que los otros tengan de él mismo. Lo mismo puede decirse para los poderes o las autoridades. En este sentido, las representaciones tienen una dimensión de uso, que es la dimensión de las prácticas que generan. Evidentemente las prácticas tienen autonomía también en relación con lo que estoy diciendo sobre las representaciones, cuando se piensan en su propia lógica de desarrollo. La noción de prácticas introducía algo similar al sentido práctico de Bourdieu: una lógica irreductible a la lógica textual, a la lógica del discurso. Define, de esta manera, un objeto difícil para los historiadores, o para cualquiera, pero particularmente para los historiadores porque esas prácticas irreductibles a los textos se conocen generalmente solo a través de textos. La excepción sería la historia oral del siglo XX, pues el historiador puede producir una fuente nueva, pero con la misma cuestión, ya que el discurso del agente es siempre una representación de sí mismo que está ampliamente determinada por la situación en la cual este discurso es recabado por el historiador. En consecuencia, las prácticas no son nunca, incluso en el presente cuando se registra el discurso de los actores sociales, una inmediatez, una evidencia. De esta manera la noción de práctica tiene una fuerza analítica, porque muestra que para comprender las representaciones de las prácticas es necesario descifrar las prácticas de las representaciones, sus intenciones, códigos, proyectos; permite comprender que son los intermediarios en relación con las prácticas, tal como fueron practicadas en el pasado. La condición es pensar en las prácticas de la representación, es decir, en los elementos de los cuales dispone un individuo para construir una representación mental, pero también para pintar un cuadro, para escribir un poema o una autobiografía. Esta idea de vinculación entre las prácticas de la representación, como condición de comprensión de las representaciones de las prácticas, fue la que permitió introducir algo más complejo que la palabra "uso".

SUIAL: En este horizonte de matrices teóricas de la historia de la lectura en Europa, nos gustaría saber si su concepto tiene alguna relación con el libro *The Uses of Literacy*, de Richard Hoggart, parte central de los estudios culturales en Inglaterra.

RC: Tal vez inconscientemente, porque ese libro sí fue importante en esta operación de rescatar al lector del texto, de sacar al lector y a la lectura del texto, de la máquina lingüística. Este libro de Richard Hoggart, que fue traducido en la colección de Pierre Bourdieu, Le Sens Commun, con otro título, *La culture du pauvre* (1970), fue importante porque demostraba que la clase obrera inglesa de los años cincuenta se apropiaba de los primeros *mass media* (canciones de la radio, tabloides y revistas) y no estaba sometida a ellos o creía mecánicamente lo que le era transmitido. Era el tema central de los primeros estudios sobre los *mass media*, entendidos como un instrumento poderoso de alienación, porque se suponía que la gente creía, se identificaba y recibía como verdad lo que leía. Hoggart mostró que había siempre una distancia, una ambivalencia entre creer y no creer, entre una forma de adhesión; si no, no hay placer, y al mismo tiempo nunca existe un sometimiento total. Era un análisis muy sutil, en parte autobiográfico, porque Hoggart nació en ese mundo social, y en parte etnográfico. El título inglés, que justifica la pregunta, *The Uses of Literacy*, planteaba que si los hombres y mujeres de la clase obrera adquirían *literacy*, alfabetización, una capacidad de leer más allá del desciframiento de un texto, no la utilizaban de manera pasiva, no se sometían al mensaje o a la ideología transmitidos por los tabloides o las canciones, sino que la utilizaban con usos distanciados, inventivos. Tal vez esa sería, inconscientemente, la relación entre *Les usages de l'imprimé* y *The Uses of Literacy.* Sin embargo, no estoy tan seguro de que haya sido el caso porque el libro, como decía, se tradujo al francés con otro título, donde no figuraba la palabra "usos". Por otro lado, la traducción –un caso muy interesante de la traducción en el mundo contemporáneo– era parte de una colección sociológica, dirigida por Bourdieu, con introducción y traducción de Passeron. Se pensó que debía darle al texto una fuerza teórica mayor y se introdujeron formulaciones conceptuales que no existen en el texto descriptivo de Hoggart. Por ejemplo, atención oblicua: cuando se percibe algo de una manera indirecta. También atención intermitente: cuando se cree en algo, luego ya no, se vuelve a creer; un juego entre credulidad y distanciamiento. Dichos conceptos no existen en el texto inglés, que, como dije, es etnográfico y autobiográfico. De esta manera, la relación con Hoggart para un historiador francés, como yo, no es tanto con el título como con la teorización que había introducido Passeron en su traducción. Aunque el resultado fue el mismo, es decir, se utilizó este libro para apoyar un proyecto que consideraba la autonomía

relativa, la independencia, la creatividad inventiva del lector. Sobre todo, en una situación donde los mensajes son poderosos, porque se trata de la radio, la prensa de amplia difusión, y de una recepción por gente que no tiene una formación crítica ante los mensajes que circulan; que tiene la competencia de la alfabetización, de la *literacy*, pero que no cuenta con los recursos de la burguesía o de los académicos. Aun en esa situación existía esta capacidad de apropiación crítica e inventiva. Por eso fue importante el libro de Hoggart. Entonces, la respuesta es sí y no. No me influyó el título *The Uses of Literacy*, pero sí me impresionó mucho la descripción de los usos.

SUIAL: Las traducciones son relevantes. Por ejemplo, para seguir con *Les usages de l'imprimé*, en el mundo anglófono la traducción del libro dio prioridad a la cultura impresa y al poder (*The Culture of Print. Power and the Uses of Print in Early Modern Europe* 1989), ¿qué implicancias tuvo este cambio?

RC: La respuesta no es tan fácil como se pensaría. Una razón se arraiga en las propuestas de Adrian Johns, quien publicó *The Nature of the Book: Print and Knowledge in the Making* (1998). El libro estaba dedicado a la política de publicación de la Royal Society en Inglaterra –aunque no se circunscribe a dicho tema–, muestra que la legitimidad de los productos de la imprenta era resultado de una serie de negociaciones, transacciones, códigos y convenciones que establecieron la confianza en algunos editores o en la verdad de algunas producciones de la imprenta porque, recuerda este libro, existió una leyenda negra de la imprenta. Esta no fue solamente objeto de alabanza después de la invención de Gutenberg, también fue blanco de muchas críticas, por corruptora. Se pensaba que los tipógrafos corrompían los textos porque eran ignorantes, que los correctores también eran ignorantes y no corregían o, peor todavía, introducían nuevos errores. Los lectores, a su vez, recibían textos que no eran capaces de entender, de esta manera los corrompían; y finalmente los libreros e impresores, que eran los editores del tiempo, corrompían el comercio de las ideas vendiendo libros. Había todo un discurso que menospreciaba a la imprenta. Los libreros, los impresores, debían construir criterios de legitimación de los productos de su trabajo. Adrian Johns criticó así el libro famoso de Elizabeth Eisenstein, *The Printing Revolution in Early Modern Europe* (2010), en el cual la historiadora le atribuye a la

técnica misma una serie de características: capacidad de conservación, capacidad de diseminación, capacidad de fijación de los textos. En el caso de Elizabeth Eisenstein, *the print culture* posee esta definición intrínseca de una serie de características. Por su parte, Johns defiende la noción *cultural history of print*, la idea de que es a través de la historia cultural que se estudian estos mecanismos de negociación y de legitimación. Su modelo es claramente la nueva historia de las ciencias, en el período en que la ciencia experimental debía construir criterios de acuerdo para reconocer que un experimento era el mismo, independientemente de sus condiciones prácticas. Para Johns, se trataba de un proceso y no de algo dado. *The Culture of Print* es una especie de intermediario entre las dos perspectivas. El título no lo elegí yo, sino la traductora, Lydia Cochrane, porque no es tan radical como *print culture*, incluso si es más cercano a esta dimensión que a la definición de Adrian Johns, de la *cultural history of print,* con la que estaría más de acuerdo en última instancia. No obstante, considero que Adrian Johns exagera este mecanismo, que es muy válido para todas las publicaciones que tienen algo que ver con un discurso de verdad. Por ejemplo, en este caso el discurso de verdad sobre el mundo natural o el discurso de verdad sobre la manera en que se construyeron progresivamente los criterios que debían validar los experimentos. Pero hay muchos discursos sobre los cuales los lectores no se preocupaban en cuanto a su verdad ni por la exactitud de las ediciones. En el caso de la comedia en España o del teatro en Inglaterra, no había preocupación por la fijación o la estabilidad del texto. De esta manera, me parece que Adrian Johns exagera, pero lo que sigue siendo interesante es demostrar, un poco como Walter Benjamin, que no hay determinismo en las condiciones técnicas y que si la imprenta puede conducir a la fijación y conservación, pude conducir también a lo efímero y a la variación, todo depende de lo que los actores, los agentes sociales hacen con la técnica. Era el tema de Benjamin: por qué la reproducción mecánica de la obra de arte puede conducir al fascismo o al comunismo, con la visión que tenía en ese momento Benjamin de la política como espectáculo o del espectáculo politizado. La lección es la misma para la imprenta: no debemos atribuir a la técnica características únicas, intrínsecas y que se reproducen de manera estable, sino estudiar cómo cultural y políticamente dicha técnica fue entendida y utilizada. De la misma manera, el mundo digital puede conducir a las peores falsificaciones y controles o a la construcción de un nuevo espacio público cívico más democrático. La técnica no contiene

dentro de sí una consecuencia u otra. Sus efectos resultan de la manera en que los poderes y los individuos utilizan dicha técnica. En resumen, *The Culture of Print* era, sin saberlo, una anticipación de este debate que es fundamental hoy en día. *The Culture of Print* puede entenderse no solamente como referencia a las características propias de la *print culture*, sino también como una referencia a las prácticas culturales que definieron los usos de la técnica.

SUIAL: Como somos un seminario que busca contribuir a la historiografía latinoamericana, queremos hacerle algunas preguntas al respecto. En su presentación en el primer encuentro latinoamericano de la Society for the History of Authorship, Reading & Publishing (SHARP), en 2013, hizo una valoración sobre la historia de la lectura en América Latina. ¿Ha notado cambios desde ese momento a la fecha sobre la manera en que se estudia la cultura escrita en la región? Por ejemplo, en aquella ocasión vislumbró que Argentina, Brasil, Chile y México han sido núcleos de estos estudios…

RC: Sí, la respuesta debe tomar en cuenta que pasaron seis años. En primer lugar, hay un cierto número de tesis de doctorado que estaban en proceso y ya se terminaron: las de Kenya Bello, Ana Utsch, Ariadna Biotti, Sandra Szir, Arnulfo de Santiago Gómez. Existe una bibliografía nueva; libros o trabajos acabados que se vinculan con aspectos importantes de la descripción del 2013. Algunos trabajos estudiaron las formas de comercio trasatlántico, otros son monografías sobre revistas, como el caso de Sandra Szir, con *Caras y Caretas* (2011), o en el caso de Ariadna Biotti sobre una edición particular de *La Araucana* (2014). Otra dimensión fue propuesta por el trabajo de Ana Utsch, que introduce elementos de estudio generalmente ignorados por la historia del libro (2012). Se asumía que la encuadernación pertenecía tradicionalmente a una historia de la estética o a una historia de la singularidad aristocrática, burguesa o principesca del libro. Ella mostró que era un dispositivo central para el mercado del libro en el siglo XIX en Francia.

La segunda novedad es que algunos proyectos colectivos no existían en el 2013 y que durante estos últimos seis años se han desarrollado y publicado algunos. El más importante me parece el proyecto dirigido por Marcia Abreu y Jean-Yves Mollier sobre las relaciones trasatlánticas: *Circulaçao trasatlântica dos impressos*. También hay un libro en inglés,

editado por Márcia Abreu y Ana Suriani, una gran especialista en Machado de Assis, sobre la producción impresa en los siglos XIX y XX (2016). Supongo que hay otros proyectos colectivos que nacieron y se han desarrollado durante este período.

Lo que se podría añadir a esa descripción del 2013 son justamente los nuevos objetos de una historia del libro, más atenta a los elementos materiales, que finalmente no estaban tan presentes, ni siquiera en la perspectiva de D. F. McKenzie (2005). La encuadernación, por ejemplo, pero también la tipografía, con el uso de los caracteres góticos o itálicos versus los caracteres romanos. Había elementos en los trabajos de Henri-Jean Martin sobre la *mise en livre* y la *mise en texte*, particularmente sobre dos aspectos: la tipografía y la grafía, que se retomaron en otros estudios, incluso en América Latina (1990). Por ejemplo, cuando se piensa en la reforma ortográfica de Andrés Bello, en Chile. Martin mostró que la organización de las páginas se modificó a partir de los años 1530, cuando empezó el dominio de la letra romana y se introdujeron por primera vez los blancos en la composición tipográfica con los parágrafos. Entonces, me parece que estos elementos los vemos en la reciente Red Latinoamericana de Cultura Gráfica, que hace hincapié en las realidades de la tipografía o de la encuadernación y que también se interesa por quienes han definido, practicado y producido las páginas impresas de los libros.

En cuanto a la geografía mi conocimiento no es universal, pero he visto claramente que Colombia ocupa un lugar que no había reconocido en este texto del 2013. Hay elementos, pero no suficientes. Mencioné solamente los trabajos de Renán Silva, que son muy importantes para la cultura escrita en su totalidad. También hay trabajos de Costa Rica sobre la opinión pública. Todo esto ha transformado, enriquecido, el panorama de la historia del libro, de la lectura, de la edición o de la cultura gráfica en el mundo latinoamericano.

SUIAL: En esa misma conferencia sostuvo que una de las matrices de la historia de la lectura en América Latina es el estudio de la constitución del Estado nación. ¿Qué implicaciones tiene?

RC: Lo que rescato de la pregunta es, en primer lugar, la idea de hacer hincapié en las circulaciones, en los intercambios, como contrapunto de la exaltación de los nacionalismos. Es una dimensión de la historia, no

solamente en América Latina, sino del mundo entero, con los estudios que enfatizan en todo lo que es intercambio, mestizaje, circulación, apropiación, es decir, contactos entre individuos que superan su propia identidad nacional. Comprender dichos mecanismos sería, inconsciente o conscientemente, una respuesta, un contrapunto a las formas exacerbadas de nacionalismo que encontramos en muchos países hoy en día. En ese sentido, este tipo de historia es una modalidad de las historias conectadas, definidas por Subrahmanyam y practicadas por mucha gente, entre ellos Serge Gruzinski. En esta perspectiva, la historia de la edición, la historia del libro o la historia de los textos es, por un lado, una historia de circulaciones tanto de individuos como de productos. Por otro, es una historia de lo compartido, de las traducciones, del acceso a la alteridad, al otro. Es también una forma particular de una historia conectada de los textos, otra forma de respuesta a esta perspectiva, tan difundida hoy en día, de recuperar la idea del Estado nación, pues se considera que la historiografía, por ejemplo, de los Annales, la había olvidado. En Francia hay un debate, que no es ameno, detonado por la publicación de *Histoire mondiale de la France*, dirigida por Patrick Boucheron (2017), que se reeditó recientemente con nuevos ensayos (escribí uno sobre Shakespeare en Francia a comienzos del XIX). El proyecto fue criticado en nombre de la historia nacional que se debía enseñar, transmitir. Sin embargo, las historias textuales conectadas, que implican la edición, las traducciones y las lecturas de las obras son otra manera de cuestionar la noción de Estado nación.

SUIAL: ¿No se podría pensar que en Latinoamérica en los últimos años se ha agregado una cuarta matriz, vinculada a los intelectuales y a la historia intelectual?

RC: Evidentemente, incluso en 2013, sin que lo haya señalado como una matriz, había textos que se vinculaban a la creación de una opinión pública. Estaban, como ya dije, los trabajos de Renán Silva para la Nueva Granada (2015) o los de Laura Suárez en México, como el libro *Creación de estados de opinión en el proceso de independencia mexicano (1808-1823)* (2010); también había algunos textos sobre Argentina y Chile. ¿Por qué no había pensado en la historia intelectual como matriz? Tal vez porque la historia intelectual, no necesariamente en América Latina, pero fuera de ella, siempre ha mostrado, en cualquiera de sus tendencias o

aproximaciones, una reticencia a entrar en la materialidad de los textos, a entrar en los procesos de edición o de producción o incluso a entrar en las prácticas de lectura. Si pensamos en la tradición alemana de la historia de los conceptos, la *begriffsgeschichte*, de Koselleck, no tiene un interés particular en estas dimensiones del proceso de publicación ni un interés particular sobre las ediciones sucesivas, las formas materiales de los textos. Si pensamos en la tradición inglesa de Quentin Skinner es una tradición más abierta a una forma de contextualización, pero tampoco hay realmente un acento en la dimensión material de los textos. La tradición italiana de Franco Venturi generalmente ha sido un poco más abierta a esto, aunque no hace hincapié en dichos aspectos. Hay una razón: la idea según la cual los textos son, en un cierto sentido, siempre los mismos; pueden tener diferentes ediciones, pero la idea filosófica heredada por la historia intelectual es que finalmente el texto es siempre el mismo texto. *El contrato social* de Rousseau es *El contrato social* de Rousseau; las diferencias entre sus ediciones, incluso de sus traducciones, importan menos que la estabilidad conceptual del texto. Lo que una historia de la literatura puede defender evidentemente: *Don Quijote* es *Don Quijote*, *Madame Bovary* es *Madame Bovary*, independientemente de las ediciones sucesivas y de las formas materiales del texto. Pero hay otra vertiente en la historia de la literatura que reconoce la pluralidad de los textos para una misma obra. Si se piensa en *Hamlet*, los tres primeros de 1603, 1604-1605 y 1623 son muy diferentes. La filosofía, o la filosofía política, trata de textos que tienen una estabilidad más fuerte, de ahí la tendencia a pensar que lo importante es entender el texto, en su tiempo o ahora, pero en su estabilidad textual, más que hacer hincapié en la pluralidad de sus formas de edición, de su materialización. En este sentido, hay aquí algo compartido, más allá del mundo de los textos filosóficos o políticos. Varios dispositivos han plasmado esta idea de permanencia de una obra, independientemente de sus formas sucesivas de encarnación. Así, el neoplatonismo de la idea, en contraposición a la materia, o el concepto de propiedad literaria, que es el objeto del *copyright* desde el siglo XVIII y que supone un texto siempre idéntico a sí mismo, sin considerar la forma de su publicación. También la crítica literaria, que se apodera de las obras en su identidad transhistórica. Son factores muy importantes y que hemos incorporado. Cada vez que hablamos de *Don Quijote* no necesariamente citamos la edición en la cual lo hemos leído, ni siquiera la lengua en la cual lo hemos leído. A esta perspectiva

se opone la que mencioné previamente, la que reconoce la movilidad de los textos vinculada a las variantes textuales, cualesquiera que sean los autores de dichas variantes, y con la multiplicidad de las formas impresas que algunas veces tienen un impacto enorme. Por ejemplo, la novela en el siglo XIX. Leer una novela de Machado de Assis como folletín en el periódico, o la revista, y leer el libro que recoge esta obra son experiencias de lectura completamente diferentes en relación con la temporalidad. La primera es una temporalidad impuesta por la publicación; la segunda, la temporalidad que el lector decide dedicar a su relación con el texto. Hay una movilidad que puede ser lingüística o genérica y también una movilidad introducida por las interpretaciones de las comunidades de lectores. De esta manera, hay una tensión perpetua y tal vez exacerbada cuando los textos son filosóficos o de filosofía política, porque aquí tienen un grado de variación más limitado que *Hamlet* o, incluso, *Don Quijote*, o *As Memórias* póstum*as* de *Brás Cubas*. Más allá de esta situación que remite a textos más estables en sus letras, aunque no en sus formas, existe esta tensión con la cual debemos vivir. Por un lado, el proceso de desmaterialización y de construcción de un texto ideal, siempre idéntico a sí mismo. Por otro, como historiadores o como críticos, el análisis de todos los efectos de sentido producido por cada una de estas movilidades, vinculadas o no: variantes textuales, materialidades, lenguas, lecturas o los modos de atribución del texto. Un texto puede circular de manera anónima o con un nombre de autor. Durante mucho tiempo, no era necesariamente el nombre del escritor o, bien, el nombre de autor era una mercancía. Se podía imprimir que tal obra teatral era de Shakespeare, sin que Shakespeare hubiera participado de ninguna manera en la escritura. Entonces, la historia de las variaciones textuales puede estar más atenta a la permanencia del texto, como en el caso de la historia intelectual, la historia de la filosofía política o la historia filosófica, pero también puede estar más atenta a las variaciones que los lectores han introducido en los textos. De ahí que *El contrato social* se pueda comentar filosóficamente, políticamente, en la estabilidad de la obra, y también se pueda comentar en relación con sus varias formas de circulación, prohibida o permitida en el siglo XVIII, o sus reapropiaciones en el siglo XIX.

SUIAL: Siguiendo no con la historia intelectual, sino de los intelectuales, ¿podríamos establecer un matiz?, pensando que muchos de estos intelectuales en América Latina tienen realmente una vinculación muy

estrecha con la edición, dadas las condiciones locales. Muchas veces son correctores de estilo, editores y traductores, están muy inmersos en los quehaceres del libro. ¿Ahí no se podría establecer un matiz respecto de esa particular historia no intelectual, sino de los intelectuales?

RC: He visto los dos tomos de *Historia de los intelectuales en América Latina*, dirigidos por Carlos Altamirano y todo el trabajo del grupo de Quilmes, en Argentina, que está orientado a eso (2008). Sí, me parece una observación muy pertinente en relación, por ejemplo, con los géneros. Muchos textos políticos o de filosofía política o de historia fueron publicados como artículos en los diarios y crearon una dinámica de respuesta y de respuestas a las respuestas. Por ejemplo, yo había escrito un prólogo para *El origen de la historia. Sobre el debate entre Vicente Fidel López y Bartolomé Mitre*, de Roberto Madero, publicado por el Fondo de Cultura Económica de Argentina (2002). Lo interesante, independiente de los temas de la controversia, era la dinámica de publicación de fragmentos de artículos a través de *El Nacional* y *La Nación*. Esta modalidad de publicación, que no involucraba un libro, sino una serie de artículos; que no era la argumentación de un tratado, sino una serie de respuestas en una controversia dinámica, vinculaba estrechamente modos de pensar y materialidad de lo escrito. Sería un poco el equivalente del folletín o del *feuilleton* para las novelas. Fue una realidad fundamental en América Latina en la primera mitad del siglo XIX. Esta publicación de géneros, que para nosotros son inmediatamente librescos y que entonces no lo eran, formaba parte de la dinámica de publicación de los diarios. Entonces, es verdad que la historia de los intelectuales ubica los textos dentro de las condiciones de posibilidad de su expresión y de los géneros editoriales dominantes en un momento dado, en un lugar dado. Así, es menester establecer vínculos más fuertes entre la historia de la edición o de los géneros impresos y la historia de las ideas, de los conceptos y de las teorías, tanto filosóficos como políticos.

SUIAL: Nos parece que en estos momentos surge una cuestión que ya había sido mencionada, los estudios recientes en la región han explorado la constitución de los vínculos editoriales más allá de los espacios nacionales. En este sentido, ¿podemos hablar de una historiografía latinoamericana?

RC: En los últimos años, los historiadores hicieron hincapié en las editoriales que tienen sucursales en varios países de la región, como el

Fondo de Cultura Económica o, antes, los Garnier, que tenían librerías en Buenos Aires y Río de Janeiro. Es una primera modalidad de dichos vínculos editoriales. Una segunda es la circulación de los textos entre editores de varios países. Las traducciones, por ejemplo. Así, el libro de Gustavo Sorá, que se dedica a la traducción de textos del portugués brasileño a la lengua española, propone otra modalidad de estos vínculos editoriales (2003).

El problema sería establecer si esto define una "historiografía latinoamericana". Me parece que la existencia de un objeto latinoamericano no implica que exista una historiografía latinoamericana, que se definiría por una serie de metodologías o acercamientos comunes. Hay acercamientos, métodos que pueden ser compartidos independientemente de la nacionalidad del investigador o la investigadora. Esto es importante, pero no define una historiografía en su totalidad, define una serie de maneras de hacer, de escribir la historia, que responden o se construyen a partir de un objeto particular. Si se piensa así, podemos decir que existe un espacio latinoamericano en el cual se encuentran formas de investigación que son compartidas por varias tradiciones o, mejor dicho, varios investigadores que pertenecen a diversos países, pero esto no necesariamente conduce, me parece, a una historiografía latinoamericana de este campo de estudio. Los objetos pueden ser compartidos, los métodos pueden ser compartidos también por historiadores de varias identidades nacionales, aunque no significa que exista un paradigma único, dominante, globalizador. No debemos identificar la práctica historiográfica con el objeto histórico. Escribí una vez un artículo comparando las historias de la vida privada, entre ellas y con su modelo francés. En la perspectiva de Ariès, la idea era que los fenómenos descritos a partir del caso francés, o del occidente europeo, podían generalizarse, pero nunca delimitó las fronteras de dicha generalización.

En el caso de la historia de la lectura, el libro que dirigí con Guglielmo Cavallo se ubica en el mundo occidental, pero un mundo occidental limitado a Europa occidental (2002). A partir de la colonización, América Latina pertenece al mundo occidental, pero no solamente. Estamos ante una tensión que difícilmente se resuelve. Por un lado, queremos evitar la fragmentación, que se ubica como si fuera natural en el cuadro del Estado nación, pero, por otro lado, siempre encontramos dificultades para definir cuál otro espacio geográfico se opone al Estado nación.

Para la historia de la vida privada no hubo una definición geográfica, mientras que la historia de la lectura se hizo con una definición del mundo occidental, aunque con muchas incertidumbres en cuanto a las fronteras de este mundo occidental, al este y al oeste. Entonces, una reflexión sobre los cuadros de la historia o de la historiografía podría ayudar a los proyectos latinoamericanos a evitar las trampas, los engaños en los cuales hemos caído muy frecuentemente. Las historias de la vida privada en América Latina (en Argentina, Uruguay, Chile, Brasil) son un ejemplo, porque aceptaron al Estado nación como cuadro inevitable. Tal vez sea inevitable si se piensa en la bibliografía o los archivos, pero no hay una razón particular para definir algunos fenómenos solamente como brasileños, uruguayos o argentinos. La vida privada durante la dictadura fue una realidad con características nacionales, aunque también un fenómeno transnacional porque, desgraciadamente, las dictaduras militares eran transnacionales. Quizá pueda aplicarse también, no lo hay en un tema importante, como la edición, los libros y las lecturas en tiempos de dictadura, de las dictaduras. Hay investigaciones sobre la censura militar en Argentina y Brasil. Podría ser un campo de estudio que respete las diferencias nacionales, al tiempo que identifica los vínculos y homologías entre varios lugares. Estudiar los vínculos editoriales entre varios países de América Latina no conduce necesariamente al concepto de historiografía latinoamericana.

SUIAL: Retomando la presentación del 2013, usted afirmó en aquella ocasión que las matrices de la historia de la lectura en Europa son campos de investigación: historia del libro y la edición en Francia, la bibliografía material en Inglaterra y la historia de la escritura en Italia y España. ¿Podría profundizar en esto?

RC: Era una simplificación porque, por ejemplo, existe en España una bibliografía material, por supuesto más marginal que en el mundo anglosajón, pienso en los estudios de Jaime Moll, que son de una erudición bibliográfica (1994). Podemos pensar también que hay una historia de la cultura escrita dentro del mundo de la bibliografía analítica o material, porque justamente en Estados Unidos o Inglaterra, donde se han desarrollado las prácticas y técnicas de la *physical bibliography,* de la *new bibliography*, encontramos una presencia de estudios de la cultura manuscrita. Se han multiplicado los trabajos sobre la *scribal*

culture, sobre los manuscritos en la era de la imprenta. Es una muestra de que en el mundo de la bibliografía, entendido en el sentido de la bibliografía de los libros impresos, nació el estudio de todos los géneros que circulaban, en parte o mayoritariamente, de forma manuscrita: antologías de poesía, libelos y panfletos políticos, partituras musicales, etcétera. Finalmente, en la tradición de la historia de la escritura en Italia, pensando en Petrucci, podemos encontrar también una presencia de la historia de la edición y de la lectura, en el sentido francés. Por ejemplo, a través de los trabajos de Lodovica Braida sobre la edición en Milán, sobre géneros editoriales impresos, como las antologías de cartas o, al inicio de su trayectoria, los almanaques (1995). Podría multiplicar los ejemplos que hacen perder toda relevancia a la declaración que me atribuye, correcta y desafortunadamente.

Lo único que pretendía con esta simplificación era subrayar las ignorancias dominantes. Por ejemplo, en el caso francés, la ignorancia, incluso de Henri-Jean Martin, de la bibliografía material. En todas las obras de Martin no hay una sola palabra sobre la bibliografía material y, cuando se hizo a la idea de que debía estudiar las formas del texto sobre la página, no se trataba de bibliografía material, sino de lo que llamaba la *mise en texte*, un poco a la McKenzie, considerando que las formas de inscripción del texto contribuyen a la producción del sentido de ese texto. Al revés, sostener que en la tradición de la bibliografía material inglesa, estadounidense, neozelandesa o australiana había poco interés, como hemos visto, en las prácticas culturales, en los modos de lectura, de apropiación, era una manera de subrayar lo ignorado por una tradición dominante, más que un diagnóstico válido sobre lo que define a tal o cual historia del libro, en tal o cual contexto nacional. Tal vez hoy en día sería posible demostrar que estas ignorancias han disminuido y que se multiplican las formas de hibridación, de entrecruzamiento de las perspectivas que se encuentran en cada tradición nacional y científica.

Cuando inició la sociología de los textos, McKenzie citó los trabajos franceses, lo que fue una originalidad un poco provocadora frente a la ortodoxia de la bibliografía material. Nos hemos apropiado en varios textos de las técnicas de la bibliografía material para dar descripciones formales de los objetos impresos. También la idea, a la Petrucci, de "cultura gráfica" (1986), ha definido una historia ambiciosa de la totalidad de las prácticas y producciones escritas, que rechaza las fronteras, no solamente entre los

estados, sino entre las producciones estéticas que tienen valor literario y los documentos ordinarios de la práctica común de las instituciones, administraciones o de los notarios. La noción de "cultura gráfica" permite, justamente, abarcar en el mismo proyecto los textos sin méritos y las obras más canónicas y demostrar que, si bien existen varias continuidades entre el mundo de los copistas y los talleres tipográficos, la imprenta produjo nuevos objetos escritos. Muchas imprentas casi no publicaron ningún libro, sin embargo, existían, ¿por qué?, porque imprimían todos los formularios y certificados de la Iglesia, de los colegios, de los negocios, de las instituciones administrativas. Los individuos esperaban de la imprenta lo que se llama *job printing*, en inglés; *travaux de ville*, en francés. Esta producción genera, evidentemente, una distorsión en la conservación, porque todos esos objetos han desaparecido prácticamente, mientras que el folio de Shakespeare, que se considera un libro raro, no es realmente raro, porque existen 233 ejemplares conservados. Estos fenómenos producen un entrecruzamiento de los objetos, que implica una hibridación de las perspectivas científicas.

SUIAL: Una última pregunta. En vista de la perspectiva amplia que tiene sobre el estudio de la cultura escrita, ¿cuál sería su proyección sobre el futuro inmediato del campo?

RC: Como siempre, voy a responder que los historiadores no saben nada sobre el futuro. Saben poco del pasado, casi nada del presente y se quiere que puedan definir el futuro… En primer lugar, la historia del libro fue absorbida por la historia de la cultura escrita y esa dirección puede seguirse. Implica considerar la totalidad de una producción escrita, quebrar las fronteras entre los géneros de lo escrito, entre lo manuscrito y lo impreso, detectar la presencia de la escritura, para usos muy diferentes. Todo esto puede ubicarse en el futuro porque fue afirmado, pero no necesariamente practicado. En los estudios se mantienen cuadros más tradicionales de lo que sugiere la noción de cultura escrita. Es un presente que puede encontrarse como futuro, para multiplicar a partir de estudios de caso esta vinculación entre varias formas de la cultura escrita: manuscrita, impresa y digital. Se requiere una visión globalizante. No me refiero a un discurso general, sino a que cada estudio de caso debe incorporar esa perspectiva de totalidad de la cultura escrita. Otro aspecto que me ha parecido interesante, porque es un paralelismo, tal vez, con la historia

de la ciencia, pero no a la manera de Adrian Johns, es el nuevo interés por el patrimonio tipográfico o gráfico, con su exposición pública para reforzar una conciencia histórica. La atención a los objetos encuentra su paralelo en la historia de la ciencia con la atención que se da a los aparatos y a los instrumentos científicos, como condición no solamente del descubrimiento, sino de los experimentos. En un cierto sentido, como condición de una epistemología del conocimiento. Entonces, todos los esfuerzos que intentan vincular las historias de los discursos, sean los discursos producidos por la cultura escrita o los discursos sobre la cultura escrita, con el análisis de los artefactos, productos, instrumentos, con esta perspectiva de rescatar un patrimonio antiguo, pero también con la perspectiva de contribuir al conocimiento mismo de las prácticas, me parece que proponen una perspectiva que tal vez pueda definir un futuro, desestabilizando las fronteras tradicionales. Podría obligar a los investigadores a entrelazar no solamente las tradiciones mencionadas previamente (filológicas, estéticas, sociales, económicas y culturales), sino a adquirir, cuando no lo tienen, un conocimiento de la materialidad, no solamente de los textos, sino de las técnicas u objetos con que se han producido los textos, y así asociar el hacer y el pensar. Es este vínculo el que varias disciplinas están intentando producir. Se ha hablado de un *material turn*, después del *linguistic turn* y del *cultural turn*. El *material turn*, en el caso de la historia del arte, es la atención a todas las materialidades de la producción de un cuadro. En el caso de la historia de la ciencia, la atención a los objetos, a los instrumentos, o dispositivos de la práctica experimental. Uno de los libros más famosos de este campo de estudio, de Simon Schaffer y Steven Shapin, es *El leviatán y la bomba de vacío. Hobbes, Boyle y la vida experimental* (2005). Explora una dimensión fundamental de una nueva historia de la ciencia, que no implica solo los teoremas, las teorías, sino las prácticas, que llegan hasta la ciencia contemporánea y todos los aparatos de la física atómica; al laboratorio de Ginebra para la energía nuclear. Hay una centralidad de los aparatos en la nueva historia de la ciencia. Me parece, en consecuencia, que en la historia del libro, de la cultura escrita, también debemos retomar la antigua tradición que consideraba la invención tipográfica de Gutenberg, toda la imprenta, para lograr nuevos propósitos, que serían la protección de un patrimonio y la comprensión, a partir de los dispositivos materiales y de las prácticas que transforman el texto soñado por un escritor en un libro leído por lectores. Hay toda una serie de operaciones técnicas,

máquinas, competencias o incompetencias que lo transforman; desde el manuscrito hasta el mundo digital, pasando por las varias modalidades de la cultura impresa. Tal vez podría ser una de las perspectivas futuras de nuestro campo de estudios.

SUIAL: Muchas gracias por esta conversación.

Bibliografía

Abreu, Márcia y Ana Cláudia Suriani da Silva, directoras. *The Cultural Revolution of the Nineteenth Century. Theatre, the Book-Trade and Reading in the Transatlantic World*. Nueva York/Londres, I. B. Tauris, 2016.

Altamirano, Carlos, director. *Historia de los intelectuales en América Latina*. Buenos Aires, Katz Editores, 2008.

Barthes, Roland. "La muerte del autor". *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y de la escritura*. Barcelona, Paidós, 2009, pp. 74-84.

Bello, Kenya. "De l'alphabétisation des mexicains. Les premiers rudiments et les usages de la lecture et de l'écriture à Mexico (1771-1867)". Tesis de doctorado, École des Hautes Études en Sciences Sociales, 2014.

Biotti Silva, Ariadna. "La historia por el libro. Tránsitos y recorridos de La Araucana. Santiago de Chile (1788- 1888)". Tesis de doctorado, École des Hautes Études en Sciences Sociales/Universidad de Chile, Facultad de Filosofía y Humanidades, 2014.

Boucheron, Patrick, director. *Histoire mondiale de la France*. París, Seuil, 2017.

Braida, Lodovica. *Il commercio delle idee: editoria e circolazione del libro nella Torino del Settecento*. Florencia, L.S. Olschki, 1995.

Chartier, Roger. *Les usages de l'imprimé: (XVe -XIXe siècle)*. París, Fayard, 1987.

_____, director. *La correspondance: les usages de la lettre au XIXe siècle*. París, Fayard, 1991.

_____. "El mundo como representación". *Historia Social*, Nº 10, primavera-verano 1991, pp. 163-175.

_____. *The Culture of Print: Power and the Uses of Print in Early Modern Europe*. Princeton, Princeton University Press, 1989.

Chartier, Roger y Guglielmo Cavallo, directores. *Historia de la lectura en el mundo occidental*. Madrid, Taurus, 2002.

Eisenstein, Elizabeth. *La imprenta como agente de cambio. Comunicación y transformaciones culturales en la Europa moderna temprana*. Ciudad de México, Libraria/Fondo de Cultura Económica, 2010.

Hoggart, Richard. *The Uses of Literacy: Aspects of Working-Class Life with Special References to Publications and Entertainments*. Londres, Chatto and Windus, 1957. Hay versión en castellano: Hoggart Richard. *La cultura obrera en la sociedad de masas*. Buenos Aires, Siglo xxi Editores, 2013.

_____. *La culture du pauvre. Étude sur le style de vie des classes populaires en Angleterre*. París, Les Éditions de Minuit, 1970.

Johns, Adrian. *The Nature of the Book: Print and Knowledge in the Making*. Chicago, University of Chicago Press, 1998.

Madero, Roberto. *El origen de la historia. Sobre el debate entre Vicente Fidel López y Bartolomé Mitre*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2002.

Martin, Henri-Jean y Jean Vezin. *Mise en page et mise en texte du livre manuscrit*. París, Éditions du Cercle de la Librairie/Promodis, 1990.

McKenzie, Donald F. *Bibliografía y sociología de los textos*. Madrid, Akal, 2005.

Moll, Jaime. *De la imprenta al lector: estudios sobre el libro español de los siglos xvi al xviii.* Madrid, Arco/Libros, 1994.

Petrucci, Armando. *La scriptura. Ideologia e rappresentazione*. Turín, Piccola Biblioteca Einaudi, 1986.

Schaffer, Simon y Steven Shapin. *El leviatán y la bomba de vacío. Hobbes, Boyle y la vida experimental*. Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2005.

Silva, Renán. *Cultura escrita, historiografía y sociedad en el Virreinato de la Nueva Granada: nuevas perspectivas de análisis sobre el papel*

periódico de Santafé de *Bogotá*, *1791-1797*. Medellín, La Carreta Editores E.U., 2015.

SORÁ, GUSTAVO. *Traducir el Brasil: una antropología de la circulación internacional de ideas*. Buenos Aires, Libros del Zorzal, 2003.

SUÁREZ, LAURA, coordinadora. *Creación de estados de opinión en el proceso de independencia mexicano (1808-1823)*. Ciudad de México, Instituto Mora, 2010.

SZIR, SANDRA M. "El semanario popular ilustrado *Caras y Caretas* y las transformaciones del paisaje cultural de la modernidad Buenos Aires 1898-1908". Tesis de doctorado, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, 2011.

UTSCH, ANA. "La reliure en France au *XIXe* siècle. Programmes éditoriaux, marchés du livre et histoire des textes". Tesis de doctorado, École des Hautes Études en Sciences Sociales, 2012.